Domingo 7 de mayo de 1995

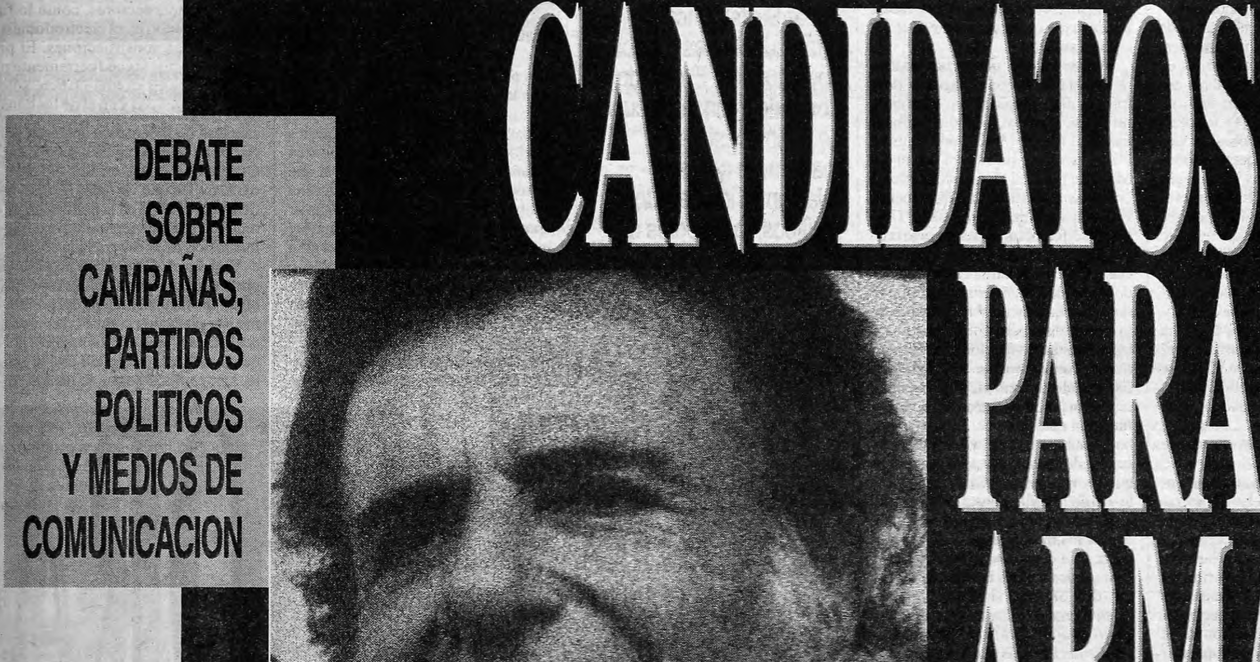
PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

CANDIDATOS PARA ARMAR

DEBATE SOBRE CAMPAÑAS, PARTIDOS POLITICOS Y MEDIOS DE COMUNICACION



El próximo domingo, cuando los argentinos se acerquen a las urnas para elegir al hombre que habrá de gobernar hasta 1999, se terminará "El gran desfile", como tituló el sociólogo Silvio Waisbord su reciente estudio sobre las nuevas tecnologías de las campañas electorales en este país. Tres analistas de la política –Eduardo Grüner, Heriberto Muraro y Waisbord– discutieron el mítico pasado solidario y el liberalismo económico, las caravanas y los almuerzos televisivos, las patas en la fuente y las manos en la lata, la multiplicidad de temas posibles y las estrechas propuestas de los partidos. En las páginas 2/3 se abren importantes polémicas sobre la actual dinámica del poder en la Argentina.

"Tranvía a la Malvarrosa", las memorias noveladas de Manuel Vicent

Los placeres efímeros 6/7

La nueva novela de Milan Kundera 8

El arte de la lentitud

LA HORA DE LAS URNAS

Las estrategias que eligieron los candidatos para presentarse a la sociedad llevaron, durante el debate entre Eduardo Grüner –especialista en ciencia política–, Heriberto Muraro –consultor y técnico en encuestas– y Silvio Waisbord –sociólogo, autor de "El gran desfile" que acaba de editar Sudamericana–, a otras cuestiones menos coyunturales. En las dos horas de intensa discusión se pasó revista a la manera en que se relacionan los partidos políticos, los medios de comunicación y la sociedad.



CANDIDATOS GEMELOS.

Eduardo Grüner: Mi impresión es que los partidos tienen un rol cada vez menor y más pasivo en la construcción de los candidatos. En el caso argentino los candidatos y las campañas visibles son tres, los que tienen alguna chance de ganar; el resto es invisible para los medios e, incluso, para las encuestas, que hoy en día forman parte de los medios. Las encuestas también son medios que construyen, a su manera, candidatos. Y no me parece casual que los candidatos visibles sean variantes estilísticas del mismo proyecto. ¿Por qué se construyen candidatos y campañas tan parecidos entre sí? Tal vez sea parte del proyecto de homogeneización de la cultura política que se viene profundizando en Argentina a partir de la recuperación de la democracia, en el que los medios, las encuestas, todas estas formas de producción de grandes hombres adquieren cada vez mayor importancia. Esto es grave, porque deja a la sociedad sin demasiadas opciones, produce la ilusión de que lo que producen los medios es lo que hay para elegir. Produce elecciones en las que hasta el ciudadano más lúcido termina por creer que tiene que votar por el menor de los males, el voto útil, y no por aquello que realmente ha sido producido –mal o bien– por el propio movimiento social. Hay una especie de esquizofrenia, de disociación entre la forma en que se llega al cuarto oscuro y el proceso de construcción de lo que se presenta en el cuarto oscuro. En la Argentina se han producido una cantidad de hechos políticos que, a mi juicio, son infinitamente más importantes que lo que hay para discutir.

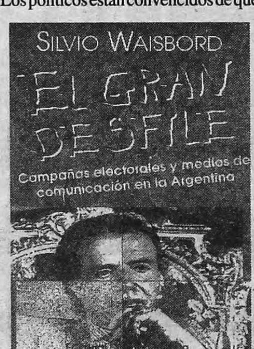
Silvio Waisbord: Una de las grandes preocupaciones de las democracias contemporáneas –especialmente en las de dos partidos o dos partidos y medio, como Argentina– es la búsqueda del votante del centro. El corrimiento hacia el centro implica la timidez de hablar cosas que se piensan que están afuera de la homogeneización de la cultura política, temas que supuestamente no interesan a este votante de centro. Lo que considero interesante, más allá del mítico lugar del centro, es la agenda de temas de esta campaña, bastante escueta en comparación con otras. Esta campaña se centra en el tema económico. No sé si es temor a incorporar otros temas. Creo que –por ejemplo– ante los derechos humanos la reacción es de cautela: es un tema importante pero no decide votos.

Heriberto Muraro: Discutir si los partidos son o no importantes tiene que arrancar del supuesto de que los partidos nunca fueron importantes en la República Argentina. Hoy en día se duda de si alguna vez hubo en Argentina un sistema de partidos. Más de la mitad del tiempo de vida política argentina fue manejado por la corporación militar y por golpes de Estado; en el interregno, hubo proscripciones. Y después, allí donde hubo partidos, eran grandes movimientos de masas que distaban mucho de la definición formal de partido. Pensar que ahora los partidos no son importantes porque antes eran importantes es una falacia histórica. Además, hoy en Argentina los partidos son importantes por el hecho de que las listas hay que llenarlas con alguien, y este alguien no se lo puede sacar por concurso de la calle: tiene que tener un mínimo de popularidad, un grado de reconocimiento, un mínimo de disciplina y algún grado de organicidad. Creo que, por ejemplo, el drama del Frepaso poniendo a Auyero como candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires frente a un monstruo como Duhalde da una idea de cuán importante puede ser un partido para ganar ciertas elecciones distritales. No se pueden inventar candidatos. Por otro lado, es verdad que todos discuten alrededor de un mismo proyecto y es verdad que nadie se plantea un salto hacia un proyecto mayor.

Grüner: Nadie de los que se ven.

Muraro: Bien. Mi respuesta es que en Argentina –como diría Patricio Aylwin– ha llegado una especie de democracia escarmentada, que sabe que ya no hay más proyectos mayores, que las diferencias son a propósito de metodologías dentro de un encuadre internacional que está determinado y que nadie, a menos que tenga un exceso de voluntarismo, puede cambiarlo de la noche a la mañana. Hoy es imposible atacar a la industria privada sin que el público sienta que se está defendiendo a la burocracia estatal. Y la burocracia estatal, hoy, en Argentina, es mala palabra. Mientras nadie descubra una fórmula alternativa de plantear la regulación sin que esto sea una defensa de la burocracia, no va a haber grandes proyectos, por más que se piense que los seres humanos nos hemos vuelto mediocres, por más que se piense que los políticos son inventados por los medios. No creo para nada en esa historia de que es todo una maniobra de marketing, ni creo siquiera que las encuestas inventen candidatos o creen el escenario político.

Waisbord: Hay que revisar esa idea de que la estrechez de la agenda electoral es algo propio de la Argentina: no es así. ¿Qué se discute en campañas en el mundo? Nada muy distinto. Nadie pone los pies fuera del plato. Más que nada en temas económicos; en temas sociales sí hay diferencias. En Europa occidental, en Estados Unidos, las diferencias no pasan por lo económico. Argentina y otras democracias en América latina están siguiendo esa tendencia. Además, suscribo lo que Heriberto dice sobre la fábula de inventar candidatos por los medios o las encuestas: no funciona así. Ningún medio puede imponer un candidato. Es eso del principio viejo de la publicidad: un producto malo bien vendido funciona una sola vez. Sin embargo, hay gente que cree en la teoría del *packaging* de un candidato. La gente cree que los medios influyen absolutamente, desde la actitud hasta la conducta. Lo interesante es que siempre el influido por los medios es el otro. Si se le pregunta a cualquier persona: *¿Usted cree que los medios influyen a la gente?*, dirá *Sí*. Pero si se le pregunta *¿Usted cree que los medios influyen en su opinión?*, dirá *Nooo, yo soy independiente*. Por más que se tengan evidencias en contra se sigue creyendo que un candidato se hace por los medios, las encuestas, todas esas cosas. Los políticos están convencidos de que



los votos de deciden por cuánta plata invertís en los medios, en atestar una calle con carteles. Lo único cierto de eso es que es un mito.

Grüner: El problema es que cuando se dice que algo es un mito se tiene en el fondo una especie de confianza positivista, o iluminista: basta denunciar un mito para que desaparezca. En segundo lugar, los mitos pueden funcionar, como la profecía autocumplida: si la gente cree que un banco va a quebrar, va, se lleva los fondos y el banco quiebra. Acá sucede algo semejante. Si no, ¿por qué el señor Bordón decide cerrar su campaña por un canal de televisión y no hacer un acto público o cualquiera de los otros métodos tradicionales?

Waisbord: Lo que los medios confieren es visibilidad, certificado de existencia; de ahí a pensar que hay una relación automática con la conducta... Los políticos todavía están convencidos de esa relación automática, que no funciona. Por otra parte, la sociedad argentina todavía es una sociedad que vive en dos mundos: el mundo partidario y el mundo más secular de la política. Los candidatos tienen que ser bifrontes, tienen que poder manejarse en estos dos mundos para ser exitosos. Los partidos siguen siendo importantes a la hora de determinar quiénes son los candidatos y por eso hoy no se puede hacer una campaña diciendo que los partidos no interesan: hasta Bordón mismo, por afuera del partido al que históricamente perteneció, necesita cultivar lazos partidarios para sumar apoyos. Al mismo tiempo hay que ser inteligente para manejarse con el gran público apartidario, despolitizado o apático. No es casualidad que Alfonsín y Menem han sabido en distintas épocas ser maestros en estos dos mundos.

Grüner: Un fenómeno de los últimos años –y no solamente en la Argentina– es esta visibilidad que tienen ciertos candidatos que no provienen de la política tradicional, que por una cantidad de fenómenos aparecen por otro lado. ¿Pero quiénes son? Palito Ortega, Carlos Reutemann. No el Perro Santillán que, de todas formas, no tiene una historia en la política argentina. Eso también representa una fragmentación de la experiencia social.

Waisbord: La política no pasa ya por el Club de Armas o el Jockey Club, ni por los lugares míticos del populismo –la plaza, los comités, las unidades básicas– sino por los medios: porque la creencia es que allí está la gente. Los partidos gozan de menos cre-


De izquierda a derecha: Silvio Waisbord, Heriberto Muraro y Eduardo Grüner.

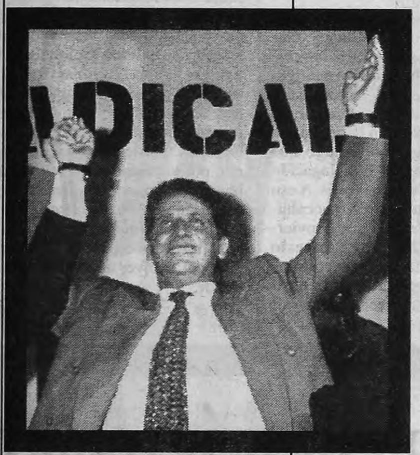
dibilidad, pero no sólo en Argentina. ¿Quién tiene más credibilidad? Aquellos con los cuales las personas, el público, por complicadas razones, se sienten más identificados. A la hora de búsqueda de legitimidad, no importa quién es o de dónde es; en cuanto concite la atención pública, ¡bárbaro!

EL PASADO MITICO

Grüner: Pero decir que en Argentina nunca hubo partidos políticos y dar como una de las explicaciones el peso de la corporación militar y los golpes de Estado es algo que hay que sostener con cuidado, porque puede parecer que esos partidos políticos nunca tuvieron nada que ver con la corporación militar y los golpes de Estado, como si fueran dos realidades completamente separadas.

Muraro: Yo no dije que no hubo partidos, dije que no hubo sistema de partidos, que es diferente.

Grüner: OK. Pero en todo caso, los partidos mayoritarios tuvieron que ver con la corporación militar y con los golpes de Estado. Creo que una de las razones por las que está ausente el tema de los derechos humanos, aunque se volvió a revolver en las últimas semanas, es que los partidos están muy poco interesados en que se vuelva a discutir eso. Aquí viene el tema del miedo, que se relaciona con la economía y sus conexiones. La economía tiene muchas dimensiones: en Argentina, una han sido estos resortes, estos recursos político-militares que ha tenido la economía dominante para imponer sus proyectos y sus programas.



Que hoy no existan alternativas mundiales a esos proyectos y esos programas puede ser cierto, pero no desestima ni elimina esta lógica de funcionamiento. El miedo, en todo caso, tiene que ver también con la posibilidad de retorno de una lógica de este tipo. Una de las consecuencias de los programas políticos conservadores, neoliberales o como se los quiera llamar es la atomización de la sociedad, es la transformación de los lazos sociales. Se puede decirque los planes de ajuste rompen los lazos de solidaridad; creo que no es suficiente. Hay que decir también que estos planes de ajuste producen nuevos lazos sociales: la competencia salvaje, el individualismo, el ver al otro como un enemigo potencial..., eso *es* un lazo social. Y esta nueva forma de individualización de lo social está expresada en los estilos de campaña y en los estilos de los candidatos, está expresada en esta esquizofrenia entre lo que se hace en la vida cotidiana y lo que se va a hacer el 14 de mayo en el cuarto oscuro. ¿Qué está expresando desde el punto de vista del movimiento y de la construcción social este voto? Me parece que está expresando el miedo.

Muraro: Vamos a responderle al colega con una sola frase: el miedo no es zonzo. ¡Volvemos a pensar en la Argentina mítica, una Argentina solidaria! La falta de solidaridad de una nación se encuentra en varias cosas. Por ejemplo, en la cantidad de gente que migra al exterior porque el país le resulta insatisfactorio. En la tasa de inflación, porque ¿qué es la inflación? Un sistema repetitivo por el cual cada uno de los actores económicos trata de hacerles pagar a los demás los costos de sus esfuerzos. La Argentina no conoció la inflación con los planes de reajuste: la conoció mucho antes, sin saber nada del liberalismo. El populismo económico nos llevó a tasas de inflación desesperadas, la maniobra de los milicos para ocultar sus deudas internas y externas, la redistribución loca cuando en época de Isabelita se aumentaban los precios para que aumentaran los salarios para que aumentaran los precios para que... ¿De qué pepino de solidaridad argentina anterior a los planes neoliberales estamos hablando? Los argentinos somos los lobos de los argentinos: ésta es la realidad.

PARA MIRARLO POR TEVE

Muraro: ¿Puedo contar una anécdota? En un momento dado uno de los mayores bloques de poder de este país –ciertos sectores del gobierno, ciertos sectores de la Cancillería, el Ministerio de Justicia, la Iglesia Católica y una serie de grupos– se propuso meter a presión en la Constitución argentina una legislación por la cual se recontrapenalizaba el aborto, que ya estaba penalizado. Una noche se reunieron tres o cuatro periodistas con tres o cuatro mujeres de distintos partidos políticos y dijeron: "Esto es un absurdo". No reaccionaban en nombre de una ideología: reaccionaban en nombre de un principio muy claro y mucho más profundo que cualquier ideología, reaccionaban en contra de la capacidad del Estado para decidir sobre el cuerpo de la mujer. Hicieron un documento, hablaron con varios periodistas de televisión y de radio y en el curso de quince días se armó un verdadero movimiento social que hizo imposible que la Constituyente colocara esa nota a propósito del aborto. No todo es negativo. No hay una fórmula única que pueda manejar las relaciones entre la sociedad, los medios, los partidos, las estructuras de poder, que valga de una vez para siempre. Como dice un amigo mío, que es político: "Ahora no te dejan chorear". Siempre hay un medio que está mirando qué contratos firmaste, con quién...

Grüner: ¿Qué querés decir? ¿Que los medios a veces denuncian cosas que hay que denunciar?

Muraro: Los medios no... ¡La sociedad está articulada con los medios!

Grüner: Pero... ¿cuál es esa articulación?

Waisbord: Los medios necesitan historias para contar todos los días. Y hay historias que venden más que otras. Una razón por la que los medios se dedican a investigar es que hay historias que atrapan. Pero los medios por sí solos no lo pueden hacer. Cualquier buena historia sobre la corrupción empieza con alguien que llama y dice: "Tengo esto, tengo lo otro". El mercado de los medios en Argentina es más dinámico, más competitivo, entre otras cosas porque las historias importan. Lo cual no quiere decir que se hable de todo: hay historias que venden mejor.

Grüner: El problema no es si se habla de todo o no se habla de todo, sino la lógica y la forma en que se habla. Por un lado está la cuestión de cómo se fragmenta aquello que se refleja o produce como información; por otro lado, ¿qué explicación hay para que, al mismo tiempo que el canal de televisión oficial en Argentina –cada vez más, como puede verse en esta última campaña– es de un partido político e incluso de un candidato, el general Balza haga su descargo ante la sociedad en un canal privado de televisión, en un programa específico? ¿Qué es este borramiento de la circulación?

Muraro: El general Balza no es boludo. Fue a buscar un programa de televisión con audiencia.

Grüner: ¿Vos creés que si el general Balza anuncia que va a hablar de esto por ATC no lo ven ni los perros? Entonces eso es un testimonio de la articulación de la sociedad argentina con los medios y no que de vez en cuando se denuncie un caso de corrupción. Tu razonamiento sigue la misma lógica que el que hiciste hace un rato sobre la construcción de un pasado mítico. Yo no estaba intentando ser ideológico, aunque tengo ideología y no creo sea una mala palabra...

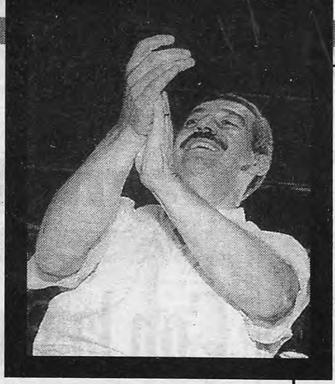
Muraro: De acuerdo con mis encuestas los que tienen ideología no son ni el 5 por ciento de los votantes. Hay más gente que escucha a Shostakovich y Alban Berg que los que tienen ideología. Te felicito.

Grüner: Que acá no hayan existido nunca lazos de solidaridad –como decís vos, cosa que estoy dispuesto a admitir hasta cierto punto– no significa que tengamos que aceptar eso como un dato de la realidad al que hay que subordinarse y, encima, festejarlo.

Muraro: La solidaridad social no es inseparable de la buena marcha de los negocios y de la vida cotidiana.

Grüner: Por supuesto. Estamos en el capitalismo.

Producción: Gabriela Esquivada y Blas E. Martínez



PASADO Y FUTURO

Junto con *El gran desfile*, vieron la luz en estos tiempos preelectorales otros libros dedicados a calmar la ansiedad del votante. Entre ellos debe destacarse *El futuro presidente*, colección de minienssayos periodísticos filtrados del análisis de la actualidad que día a día Pepe Eliaschev realiza en su programa "Esto que pasa". Continuación del primer compendio del pasado reciente que fue *A las 6 de la tarde*, el nuevo libro de Eliaschev habla del futuro presidente pero también del futuro del país, para lo cual, se sabe, hay que hurgar en el complejo presente.

Una recorrida por el índice del volumen da cuenta de una curiosidad señalada también en la mesa redonda (ver nota): todos los temas han sido importantísimos para la vida social reciente; casi todos están fuera de la campaña. "De no haber sido por estímulos externos –Scilingo, Ibáñez & Cía.– los candidatos hubieran preferido no meterse demasiado en la cuestión de los derechos humanos", observa el periodista. "Me impresiona la ligereza insoportable de la temática que se está abordando, tanto como la incidencia absolutamente desproporcionada y maligna que a mi modo de ver tienen los encuestadores en el desarrollo de la temática de los partidos. Creo que estamos ante el primer escenario electoral completo en donde ya, de manera absoluta y determinante, los medios han tenido primacía absoluta en el contacto con la gente. Esto es particularmente visible en el Frepaso, que excepto las caravanas elude todo tipo de contacto con la gente y cierra la campaña con un programa de televisión."

Convencido de que ni los partidos ni los candidatos aprovechan siquiera el 10 por ciento de las posibilidades de los medios, Eliaschev constata en las figuras políticas actuales una cierta ingenuidad: "Son muy capaces de malicia pero también grandes ingenuos y creen que el asunto es ir a la tele. Sin drama alguno, sin complejo de culpa alguno, van a Moria Casán, a Portal, a Sofovich, al Contra, a lo que sea. Con una idea muy infantil: estamos con la gente. Ellos admiten con una gran culpa que lo político no tiene popularidad. Y piensan: ¿Qué es lo diferente? Calabró. Creo que en general el efecto es negativo, genera una masa gris donde el político es un habitante más de los medios".

¿Qué se vota el próximo 14? "El voto por Menem –interpreta el autor de *El futuro presidente*– es un voto de resignación y de conformidad, con una realidad restringida que garantiza estabilidad y falta de sorpresas. La campaña del Frente es de respuestas a los excesos del menemismo: si el menemismo es por definición impúdico, indecoroso, farolero, ésta es una campaña de gente seria y mesurada. Los radicales, que tienen un partido detrás, llevan un candidato muy flojo. En ninguno de los casos, entonces, se cierra lo que sería la santísima trinidad democrática: un buen candidato, apoyado en una muy buena estructura y que represente un programa de gobierno."

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Inocente*, por Fernando Niembro y Julio Llinás (Grijalbo-Mondadori, 16 pesos). Una investigación novelada donde se combinan los elementos del thriller conspirativo girando alrededor de la figura de Maradona, el affaire de la efedrina y las intrigas político-corporativas del mundo del fútbol internacional durante el último mundial de Estados Unidos.	1	4
2	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento donde un congreso en un viejo catillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, algún que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor checoslovaco donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con la vertiginosa lentitud.	7	9
3	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	6	10
4	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	5	27
5	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza al Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados en una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	2	4
6	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	3	7
7	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	4	3
8	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental, desde los griegos a Sartre.	–	1
9	*Acuérdate de mí*, por Mary Higgins Clark (Plaza y Janés-Solaris, 19 pesos). Una mujer decide escapar de la culpa que siente por la muerte de su hijo llléndose con su marido a una casa sobre la costa. Pero enese aislamiento todo se vuelve misterioso y el aire toma forma de conspiración.	8	6
10	*De amor y de sombra*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos). Con la dictadura de Pinochet en Chile como marco histórico y geográfico, la autora de *La casa de los espíritus* narra el romance entre un hombre y una mujer de sectores sociales opuestos que deben luchar por vivir en un país signados por las muertes y las torturas.	9	11

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado *¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?*, el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	2	2
2	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). La socióloga y periodista Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	5	18
3	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina, yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso, hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	3	3
4	*Bocca*, por Julio Bocca y Rodolfo Braceli (Atlántida, 19,50 pesos). La autobiografía del mejor bailarín argentino. Desde la primera vez que sube a un escenario hasta la admiración actual del mundo, pasando por la imagen del padre que no conoció, el abuelo obrero que le adivinó el futuro y sus presentaciones en los escenarios de Moscú y Nueva York.	8	2
5	*Política y cultura a finales del siglo XX*, por Noam Chomsky (Ariel, 14 pesos). Un análisis sobre las perspectivas de la libertad, la justicia, el poder, la democracia y la cultura en esta nueva etapa del capitalismo.	10	4
6	*Historia integral de la Argentina, II*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El segundo de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. Subtitulado *El sistema colonial*, el libro abarca el siglo XVII y gran parte del XVIII, abordando temas como la instalación del sistema colonial y la vida y las costumbres de la sociedad de aquellos años.	4	7
7	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos). Con el subtítulo de *Los verdaderos secretos del poder*, este segundo volumen continúa trazando perfiles de los poderosos, esta vez Pérez Companc, Roggio, Soldati y Pescarmona.	7	24
8	*El vuelo*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 15 pesos). Horacio Verbitsky, columnista de este diario, recoge el descarnado testimonio de un oficial de la Escuela de Mecánica de la Armada, Adolfo Scilingo, sobre las violaciones a los derechos humanos en la última dictadura militar.	1	8
9	*¿Qué es la democracia?*, por Alain Touraine (Fondo de Cultura Económica, 15 pesos). El autor hace una revisión retrospectiva del concepto de democracia para analizar el verdadero significado que esa frase tiene en la actualidad. Plantea la necesidad de darle contenido a una democracia cada vez más asediada por el fantasma del autoritarismo.	6	2
10	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialismo, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	–	20

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Rudy: **Chistes de Carlitos 2** (Ediciones de la Flor). Segunda recopilación –la primera fue *Chistes de Carlitos. El humor en tiempos de Menem*– realizada por uno de los humoristas de este diario en la que un presidente nesario es el protagonista de risibles situaciones con carótida, Constituyente, Frente Grande, Pacto de Olivos, funcionarias y funcionarios varios e internas partidarias por la vicepresidencia.

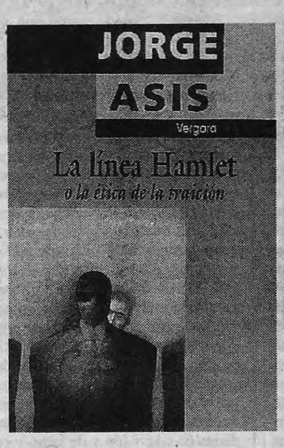
Laurence Sterne: **Viaje sentimental** (Grupo Editorial Norma). Reedición de la última obra del autor de *Tristam Shandy* en la valiosa serie Cara y Cruz, donde se complementa el texto con una serie de ensayos sobre el escritor, un racconto autobiográfico y una completa cronología.

Carnets///

FICCION

Con la frente marchita

LA LINEA HAMLET O LA ETICA DE LA TRAICION, por Jorge Asís. Javier Vergara, 1995, 292 páginas.



Cuando en 1980 Jorge Asís publicó *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, no sólo alcanzó un éxito de ventas impensable para aquella época, sino que generó un enorme debate que alcanzó tanto lo político como lo estético. En aquella novela Asís relataba la experiencia de una generación que fue inmolada en los años de la violencia y para hacerlo seguía con la línea que había marcado sus textos anteriores: *La manifestación* (1971), *Don Abdel Zalim* (1972) y *Los reventados* (1974), entre otros. Un realismo a ultranza en el que se destacaba una fuerte tendencia a la picaresca, al relato de proezas sexuales y al sarcasmo.

Ese éxito y el debate posterior convencieron a Asís de que su literatura continuaba –sobre todo en su actitud descreída de la crítica y a la vez devota del mercado– la obra de Roberto Arlt e inauguró en el diario *Clarín* una serie que se pretendía como una réplica de las *Aguafuertes porteñas* y que reuniría en libro en 1981 bajo el título de *El Buenos Aires de Oberdán Rocamora*.

Después de una serie de narraciones que estuvieron muy lejos de la repercusión de los primeras, vendrían su gestión en la UNESCO, una postulación a intendente que no fue tomada en serio por el oficialismo y un breve paso por la Secretaría de Cultura que culminó con una renuncia televisiva y un debate olvidable sobre el uso de las palabras nacionales y extranjeras.

La línea Hamlet fue promocionada por su autor como su vuelta a la literatura. En realidad, Asís se había retirado de la publicación, si se acepta como cierta la afirmación de que un escritor siempre escribe, y retorna otra vez bajo la égida de Arlt. Una elección que resulta incomprensible después de terminada la lectura de su última novela.

En sus casi trescientas páginas, Asís elige una trama de best seller: el destino de los espías dobles una vez finalizada la guerra fría y su sórdido juego de traiciones. Pero como corresponde a un escritor argentino, Asís sigue siendo un artesano. Escribe su novela prescindiendo de los diálogos y apela al discurso indirecto libre, eligiendo como su inspirador a Flaubert. El resultado es una inadecuación básica entre el argumento y el estilo.

Mientras el best seller típico (a lo John Le Carré o Tom Clancy, claras fuentes de Asís) maneja la velocidad para producir acciones y generar expectativa en el lector basándose en fórmulas, Asís construye una novela morosa en la que busca demostrar su manejo en algo que nunca fue su fuerte: la indagación psicológica de los personajes. A eso se suma una sintaxis y un vocabulario un tanto extraño que convierten a *La línea Hamlet* en un texto extranjero en más de un sentido.

Primero, porque Asís no consigue en ningún momento construir –como sí ocurría en los 80 y más allá de lo discutible de sus elecciones– una política del lenguaje. A esto se suma una trama absolutamente alejada de las circunstancias nacionales. Lo que de por sí no constituiría necesariamente una falencia, en combinación con una lengua en la que abundan adjetivos como "bonito", construcciones con el sujeto al final de la oración, o comparaciones anticuadas como "medir su lealtad como se medía el nivel de aceite de los viejos automóviles Ford", da como resultado un texto absolutamente errático, tanto en sus intenciones como en su posición estética y política.

La sensación es que Asís se sigue peleando, escudándose en la bandera de Arlt –que si alguna vez le pudo corresponder hoy ya no lo representa–, con los mismos enemigos de ayer. El precio lo paga el lector que busca a Arlt y a las prometidas alusiones a la realidad nacional con fatiga y sin éxito. *La línea Hamlet* es un texto traducido de alguna lengua que hoy ya no se habla, de la misma manera que su trama cuenta la historia autodestructiva de gente que por ahora no tiene mucho que hacer sino tratar de defender algún nicho sin sentido. La historia y la literatura continúan por otros rumbos, muy lejanos a los elegidos por Asís para volver no se sabe bien de dónde.

MARCOS MAYER

FICCION

El paisaje más trágico

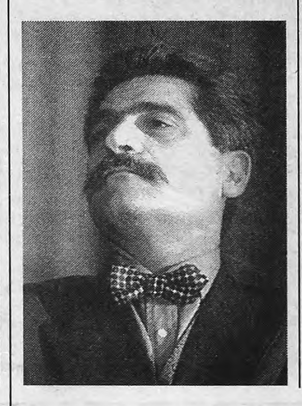
EL PESO FALSO, por Joseph Roth. Siruela, 1994, 148 páginas.

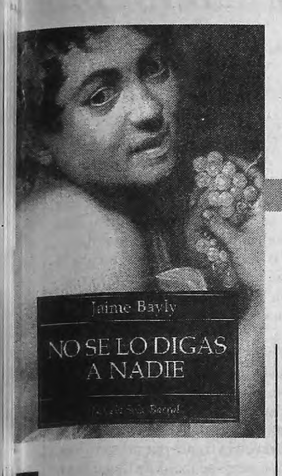
El año pasado, año Roth, se cerró con la espléndida edición de una obra de la madurez del gran narrador: *El peso falso (Historia de un inspector de pesas y medidas)*. Escrito en 1937, este relato es una soberbia fábula sobre el desamor, la soledad y el sinsentido de la vida humana. La Ucrania nativa del autor es, otra vez, el escenario elegido; paisaje, tipos y ambientes remiten a esa frontera oriental del Imperio Austrohúngaro. Todo parece apuntar de entrada hacia una obra más o menos colorista en manos de un experto narrador. Pero hay más, mucho más, en esta historia tensa y terrible.

Con la sobriedad del maestro, el escritor traza rápidamente un arquetipo de mujer fatal en el personaje de la gitana Eufemia, capaz de hacer conocer al inspector de pesas y medidas Anselm Eibenschotz, el protagonista, la primera pasión de su vida, pero capaz también de relegarlo pronto en sus afectos y sumirlo en soledad cruel, tras juguetear con él e inducirlo a actuar de modo indigno. Precisas imágenes metonímicas definen el perfil erótico del personaje, inquietante y maléfico. Pero este eje central del relato se enmarca en un contexto más amplio. La historia de la caída de Anselm Eibenschotz es también la historia de otras caídas, habituales, por lo demás, en un mundo corrupto, regido por la insignificancia, la codicia y la ambición, que se concentra en unos pocos tipos que se caracterizan con sobrios trazos suficientes. La austeridad de medios del relato es proporcionalmente inversa a su riqueza de significación.

El paisaje, mágico, legendario, donde los ríos se hielan y deshielan como fuerzas sobrenaturales, donde llueve lluvia de sangre y los caballos se contagian del celo erótico de sus dueños, no logra ocultar, más allá de su magnetismo, el arbitrario señorío del "Dios bueno y cruel". Todo termina siendo aquí fatalmente sombrío, pesaroso, amargo, trágico; en suma, solo, el hombre, hasta la náusea, solo y juguete de pasiones que lo voltean a su antojo. Roth no moraliza, no predica; expone, señala. Por eso es tan moderno, y el relato, casi sesenta años después, no ha perdido su frescura original. Lo que el texto tiene de apólogo es siempre subterráneo, nunca está explícito. Roth sólo cree en la historia que está refiriendo. Un estilo supremo, síntesis magistral de invención verbal y concisión clásica –vertido ejemplarmente al castellano por Miguel Sáenz–, sirve de vehículo a esta narración, contada con impasibilidad superior, la impasibilidad de quien mira el mundo desde fuera, que conduce al desdichado de Anselm Eibenschotz a las puertas mismas de la eternidad, donde la burla de su vida se prolonga y culmina.

No fue *El peso falso* la primera historia trágica de Roth con protagonismo estrictamente individual; recuérdese, por ejemplo, *La rebelión*. Pero a la altura de 1937 el escritor había roto las amarras con el expresionismo, que tanto y tan bien lo había nutrido, para manejar únicamente materiales espe-





FICCION

Grande, Puig

NO SE LO DIGAS A NADIE, por Jaime Bayly. Seix Barral, 1995, 360 páginas.

¿Tú te atreverías a contarles a tus viejos que eres homosexual? -preguntó Joaquín, en el avión regreso a Lima.

–Ni hablar, estás loco, me harían un escándalo del carajo –dijo Alfonso. (...)

–Algún día se van a enterar por otro lado, Alfonso, y eso sería peor, porque quedarías como un mentiroso.

–No creo que se enteren, Joaquín. En Lima hay un montón de gente que lleva una doble vida. Es cuestión de saber hacerla bien.

–¿Pero no te sentirías más tranquilo si les cuentas la verdad?

–No. En este país hay ciertas cosas que no se deben hablar, y nuestra debilidad por los hombres es una de esas cosas. En el Perú puedes ser coquero, ladrón o mujeriego, pero no te puedes dar el lujo de ser maricón.

La primera novela del joven escritor peruano Jaime Bayly, *No se lo digas a nadie*, puede ser leída como la infancia, adolescencia y juventud de un joven homosexual. Pero cuando se llega a las escenas finales, protagonizadas por un Joaquín gay y adulto, el camino recorrido por el texto no es sólo el de la gran epopeya de la definición sexual en una sociedad que no ve bien el sexo entre iguales: es, además, una novela de iniciación, a secas. La idea va más allá de cierta *political correctness*. En esta novela hay homosexuales que no cambian su condición por nada del mundo, heterosexuales que cada tanto prefieren las experiencias homoeróticas, homosexuales que prueban con mujeres, homosexuales que se casan para disimular con mujeres, mujeres que practican el sexo a cambio de dinero, matrimonios que no practican. Joaquín, antes que homosexual, es un chico que crece. No tiene nada de extraordinario que sea también homosexual. Lo único es que, a veces, lo mejor es no decírselo a nadie.

De pronto, un hombre apareció en la carretera. Tenía la camisa abierta. Parecía borracho.

–Mierda –gritó Luis Felipe.

Frenó violentamente y trató de desviar el carro, pero no pudo evitar atropellarlo. Se escuchó un impacto fuerte. El tipo voló y cayó en la pista.

–Conchasumadre, cholo de mierda –dijo Luis Felipe, y aceleró.

Joaquín volteó, asustado. No pudo ver al tipo que acababan de atropellar. Todo estaba demasiado oscuro.

–Mejor paramos, papi –dijo.

–¿Estás huevón? –dijo Luis Felipe–. Yo no voy a recoger a ese cholo borracho. Ya debe estar muerto, además. (...) Luego prendió un cigarrillo, dio una pitada y botó el humo.

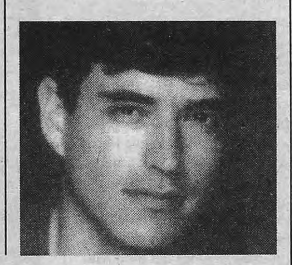
–Así es la vida, pues –dijo, sonriendo–. No cacé nada en El Aguerrido, pero de regreso me cargué un cholo. Algo es algo, ¿no?

Joaquín es, además, un chico de la alta burguesía peruana. Va a escuelas privadas, debe su definición sexual a un militar amigo de la familia y su madre es una mojigata fan del Opus Dei; viaja –termina viviendo en Miami–, se relaciona con jóvenes enviados por sus padres a estudiar a universidades norteamericanas, toma cocaína cara. Otro de los grandes temas de la novela depende de ese origen de clase: el marco social es el fondo agusanado –por el poder, el machismo, la corrupción, el racismo, la hipocresía, la frivolidad– sobre el que Joaquín imprime su historia. La dificultad no es que sea gay. Nadie se asusta por ello, muchos llevan una doble vida. La dificultad es que quiera decirlo.

Los diálogos sencillos en apariencia, llenos de ecos de esas voces cursis que identifican con sus clichés a la gente bien –en este caso, de Lima, pero que a pesar de las diferencias puede ser reconocida en cualquier lugar donde se hable castellano–, precisos en su falsa inocencia para mostrar flashes de las situaciones abruptas y contundentesque como eslabones constituyen el relato son la marca de *No se lo digas a nadie* y la razón por la que se comparó largamente a Bayly con Puig. La comparación tal vez sea excesiva, excepto que se trate de Arturo; es indudable, de todas formas, que Bayly leyó a Manuel Puig atentamente: la historia no se construye sino a través de puro diálogo, no hay retratos de sus personajes que no salgan de sus voces. Pero más que del folletín, Bayly gusta del culebrón melodramático salpicado con una idea del humor que podría resumirse en la expresión: "Mal mirado, esto es tan gracioso". Como sentencia uno de los amores del protagonista:

–Ya no podemos tirarnos para atrás, Joaquín. No podemos dejar de ser coqueros. No podemos dejar de ser maricones. Es cuestión de acostumbrarnos nomás.

LAURA TABOADA



...cíficos, irreductibles, como la mitología imperial, el folklore judío y los recuerdos de la infancia ucraniana. Este mundo propio poseía una plasticidad y unas fuerzas de significación tan intensas que se adaptaba a todas las necesidades del autor. Tal correspondencia entre visión y expresión explica el poderío de este relato, otra muestra del talento perdurable del magnífico escritor centroeuropeo.

MIGUEL GARCIA-POSADA

ENSAYO

Eramos tan pobres

POBREZA. UN TEMA IMPOSTERGABLE, por Bernardo Kliksberg Fondo de Cultura Económica. 1994, 432 páginas.

Poincaré hizo notar alguna vez que, en tanto los físicos poseían un objeto de estudio, los sociólogos se dedicaban casi por completo a la consideración de su método. Pero esto es historia pasada. *Pobreza. Un tema impostergable* se sitúa lejos de la exigencia de analizar las reacciones que, en cada instante, el poder ejerce sobre las condiciones que le asignan objetivamente sus límites, y más aún de la consideración marxista de la opresión como órgano de función social. Contemporáneamente, sostiene que atenta contra los derechos humanos mantener a sectores amplios de la población en situación de desempleo, desnutrición y marginalidad, y que el consecuente desasosiego social compromete seriamente la estabilidad democrática.

La alternativa de la hora a la utopía de una sociedad sin pobres como subproducto mágico del éxito de determinadas políticas es la investigación rigurosa y la experiencia de campo. La obra deja de lado la discusión en el ámbito de la macroeconomía y se focaliza en la gerencia social. Los autores ofrecen un amplio panorama internacional del estado de reflexión sobre la pobreza.

Sensible a la paradoja del avance económico en convivencia con el retroceso social, el enfoque de este texto soslaya toda simple subordinación de la política social a la política económica. A su vez, admite la preocupación de los Estados democráticos en esta materia en los últimos años. Señala también la importancia de un Estado dotado de capacidad estratégica, que se plantee la superación integral de la pobreza sin que esta visión se subordine a los intereses de una regresión populista tan inapropiada como imposible.

Sin duda fuente de valiosa reflexión sobre los tiempos y teorías que corren, esta obra es copatrocinada por las Naciones Unidas, que ha lanzado un programa mundial, la iniciativa del Desarrollo Humano, que ha renovado la discusión sobre la pobreza, y el Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo, que tiene entre sus objetivos la democratización, la descentralización y la gerencia social.

CLAUDIA LAVIE

LOS PLACERES EFIMEROS

Periodista, viajero y columnista del diario español "El País", autor de "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", "Crónicas urbanas" y "La balada de Caín", Manuel Vicent continúa en "Tranvía a la Malvarrosa" sus memorias noveladas, comenzadas en "Contra paraíso". Esta vez se trata de la llegada de un joven Manuel a Valencia para debutar en el sexo con tanta fortuna que, el mismo día, el generalísimo Franco visita la ciudad. En estas páginas se anticipa un fragmento del texto que Alfaguara distribuirá este mes, en coincidencia con la visita de su autor.

MANUEL VICENT

Yo era todavía un adolescente muy puro cuando Vicentico Bola me llevó a la capital a que me desvirgaran. Mi padrino se llamaba Bola porque pesaba ciento treinta kilos en canal. De niño lo alimentaron con polvos pinos y además su familia tenía una tienda de ultramarinos, de cuyo dintel colgaban dos piñas de plátanos. Siempre que Bola entraba o salía de su establecimiento, al pasar por debajo, levantaba ambos brazos a la vez y de forma automática sin mirar agarraba dos plátanos y se los zampaba. Pero este gordinflón debía toda su fama a que era el rey del cabaret. Muy cerca de la tapia del hospital de Castellón, en una calle de bares y talleres eléctricos, envuelta en el trajín de carromatos que pasaban por la Ronda Mijares se levantaba la fachada del cabaret Rosales, un antro con sabor a fresa y a esencia de amoniaco, de estilo colonial. Allí habían compuesto un himno en honor a mi padrino, sólo para él. Apenas asomaba la jeta por la cortina roja de la entrada el tipo de la batería daba un mazazo al bombo y a continuación todos los músicos a coro cantaban: "Don Vicenteee, don Vicenteee / ha llegado don Vicenteee", y mientras la orquesta le rendía homenaje con esta marcha de infantes Bola se dirigía a su mesa habitual, a la derecha después de pasar la barra, e iba soltando duros igual que un Faruk huertano a cualquiera que se le cruzara en el camino y una vez aposentado elevaba el dedo índice con gran elegancia exigiendo la primera botella de champán y antes de que Toni el camarero llegara muy serio con su cara de chino de Shanghai, ya tenía sentadas a dos chicas en sus muslos que eran anchos y cómodos como divanes. Había pasado todo el elenco por su regazo, todo el surtido de la casa había sido manoseado por él menos la pelirroja Catalina, a la que un exportador de frutas y verduras de Villarreal apodado el Sanguino, de mal carácter, tenía siempre reservada con orden expresa de que no la tocara nadie, si él llegaba, bajo pena de cuchillo.

Aquella tarde de verano Bola me llevó a que conociera por primera vez las delicias del amor. No iba solo. Otros tres neófitos también vírgenes me acompañaban, y sin duda yo era el más puro. Aunque me habían expulsado los curas donde hice los primeros cursos de humanidades y acababa de graduarme de Bachiller en el instituto Ribalta aún estaban frescas las rosas que había llevado el mes de mayo a la Virgen cantando venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía, que Madre nuestra es, de modo que yo era todavía un lirio del valle, un adolescente levítico y acostarme con una puta me parecía tan violento como operarme de apendicitis. Pero había llegado el momento de ser un hombre y dentro del taxi de Agapito los debutantes ahora íbamos cantando el baión de la película *Ana*, ya viene el negro zumbón bailando alegre el baión, mientras la humanidad de nuestro mamporrero, que ocupaba ella sola cuatro plazas, nos aplastaba contra las felpas mugrientas del coche bajo la nube de un Montecristo trincado entre sus dedos anillados. Bueno, los demás cantaban y yo callaba.

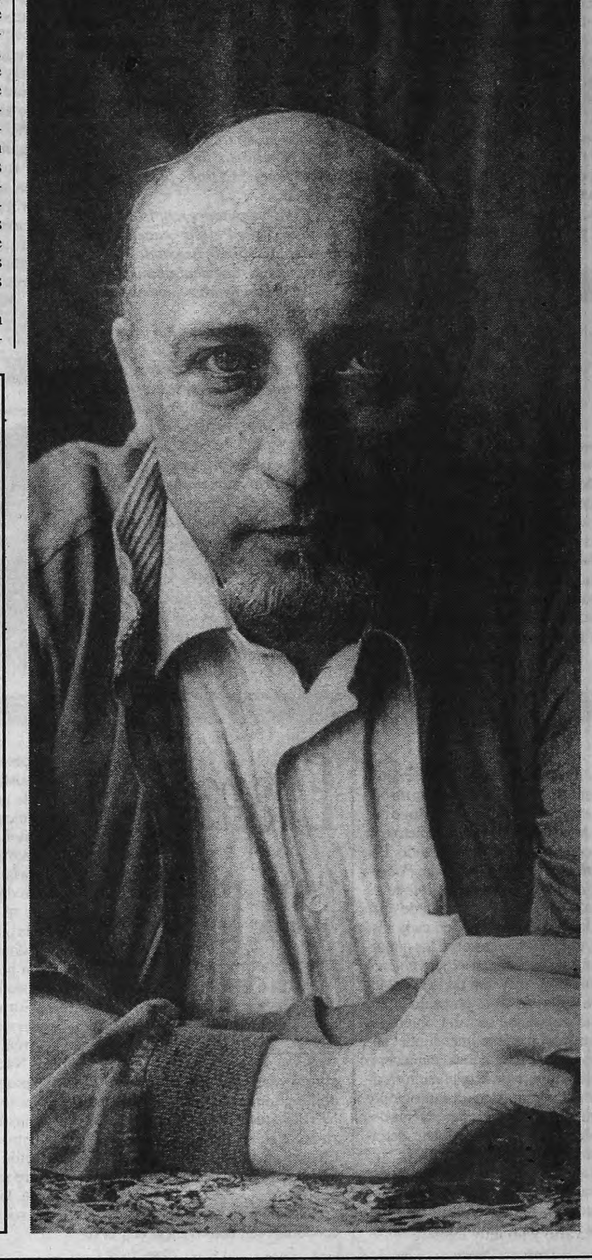
Mi angustia se iba acelerando a medida que aquel cacharro se acercaba a la ciudad dando tumbos por la carretera de adoquines sombreada de plátanos en medio de los naranjos. El taxista Agapito conducía impasible un Ford desvencijado como él mismo que tenía la nariz y las orejas verdes a causa del asma y no paraba de arrancar flemas con una tos tan profunda que le llegaba a las patas y cuando no tosía sacaba de la guantera cada cinco minutos un botellón de agua con bicarbonato y echaba un trago para apagar el fuego de la úlcera.

–¿Y tú por qué no cantas? –me preguntó el padrino–. ¿Tienes miedo?

–Estoy pensando –le dije.

–Tómate antes dos copas de coñac como hacen los legionarios cuando van a entrar con la bayoneta. Espero que esté la Merche, una que se llama Culo de Hierro. Esta te podría desvirgar de maravilla.

Yo iba pensando que si tocaba la carne de una de esas mujeres quedaría para siempre impuro, según me había advertido el director espiritual, y ya no podría ser como aquel joven de mejillas doradas y piernas robustas que escaló una cima de los Alpes y de ella rescató la flor del Edelweiss que crece entre la nieve para ofrecérsela a la novia antes de besarla en la frente por primera vez. Al balneario acababa de llegar la niña rubia de otros veranos con su trenza maciza de oro quemado que en mi corazón adolescente había suplantado el amor a la Virgen. En las vacaciones yo aprendía a tocar el piano en un salón del balneario de Galofre cuyo pavimento era de grandes baldosas blancas y negras siempre relucientes y allí había sillones de mimbre blanco y grandes ventanales, cortinajes de terciopelo rojo con borlas y puertas de cristal helado con siluetas de ninfas y flores. Yo tocaba al piano partituras del método Czerny y a veces también tocaba el vals de las olas y otras melodías, sobre todo una que decía: siempre está en mi corazón



Entre crímenes y boleros

MIGUEL RUSSO

Aquellos que alguna vez leyeron la columna de contratapa del diario español *El País* –en un tiempo reproducidas en **Página/12**– lo conocen. Con esa lectura se aprendía que el periodismo no era sólo el enunciado prolijo de una información. Desde sus primeras crónicas parlamentarias, Manuel Vicent demostraba algo más que la forma escrita de la realidad.

Nacido en Villavieja, provincia de Castellón, en 1936, este licenciado en Derecho cursó, además, estudios de Filosofía mientras ejercía el periodismo en la Tercera Página del diario *Madrid* y en las revistas *Hermano Lobo* y *Triunfo*. Con su primera novela, *Pascua y naranjas* –ganadora del premio Alfaguara en 1966–, comenzaron a vislumbrarse los alcances de su prosa tan vehemente como hilarante. Había empezado a escribir en *Madrid*, el periódico español del Opus Dei. Desde esas páginas, y con la contundencia de un anarquista bien pensante, espantaba a la burguesía madrileña desmitificando a curas y beatas. A punto de ser excomulgado, su sonrisa y su ironía pudieron con el tribunal que lo atacaba. Cuenta la leyenda que, en esa oportunidad, uno de los curas le dijo: "He estado viendo a Franco y me ha dado un consejo: 'Haga como yo, no se meta en política'". Pero Vicent no lo siguió, por el contrario se dedicó de lleno a practicar disecciones en la sociedad. Su sala de operaciones fue *El País*.

Luego llegarían más novelas y relatos: *El anarquista coronado de adelfas*, *Angeles o neófitos*, *No pongas tus sucias manos sobre Mozart* (premio González Ruano 1980), *Inventario de otoño*, *La muerte bebe en vaso largo*, *La balada de Caín* (premio Nadal 1987), *A favor del placer*, *Del Café Gijón a Itaca*, *Por la ruta de la memoria*, *La carne es yerba* y *Contra paraíso*.

"Tengo una manera peculiar de escribir –comentó a finales de los años 70–, un método compulsivo de decir las cosas: abro la manguera a toda presión y, con la angustia de un corredor de cien metros libres, lleno doscientas hojas en un mes. Lo que hay dentro de ese mazo de papeles no es más que una serie de vivencias de cuarenta años de política traducida a estética. El tránsito de la dictadura a la democracia elaborado con las luces de una feria berebere. Lo demás se reduce a colocar el adjetivo exacto en el sitio oportuno. En el fondo mis libros son ejercicios literarios escritos con una pacífica intención diabólica de lamerse las heridas en público. Creo que son apuntes para una destrucción."

Tranvía a la Malvarrosa, su última novela, es la continuación de *Contra paraíso*, aquel relato autobiográfico que mostraba la vida y las sensaciones del niño Manuel en la posguerra junto al Mediterráneo. Manuel tiene ahora diecisiete años, llega a la ciudad el mismo día que Franco se pasea por las calles de Valencia con las panaderías repletas de muñequitos de mazapán reproduciendo su figura. Fútbol, putas, actrices de las que se enamorará perdidamente, sueños, amigos y tentaciones son el telón de fondo de una España que se debatía entre la miseria y la proeza frente a un vaso de vino y un plato de aceitunas. Manuel Vicent predica la realidad entre Cristos revolucionarios y Ave Marías, entre crímenes horripilantes y boleros a media luz.

Como siempre, su prosa dispara contra todo: "Yo no quería ser un portador de valores eternos sino un gozador de placeres efímeros". La narrativa de Vicent tiene mucho de viaje iniciático. Desde el padre "de izquierdas" que luego de innumerables calvarios ideológicos sopapea a su hija adolescente por retirar sin permiso un disco en *No pongas tus sucias manos sobre Mozart*, hasta cualquiera de las tramas callejeras con personajes tan salvajes como cotidianos de *Crónicas urbanas*, Vicent parece reconstruir la historia colectiva buscando situaciones que se encabalgan entre la literatura y la noticia. En este *Tranvía a la Malvarrosa*, el viaje –aunque el pretexto sea la adolescencia en la España franquista– es hacia la memoria. Una memoria que, aparentemente olvidada, estalla en cada página, en cada frase, en cada palabra ubicada con la fuerza de un brillante narrador puesto a recordar.



El autor de "No pongas tus sucias manos sobre Mozart" vuelve a revolver la autobiografía en esta muestra de su exquisita prosa, su sentido del humor y su interés por la vida política española.



el hechizo de tu amor.

Ella se sentaba en uno de aquellos sillones blancos junto a su madre que hacía calceta y yo la observaba. Al finalizar la temporada de baños, antes de que llegaran las tormentas de septiembre, su familia regresaba a Valencia y de aquella niña Marisa de catorce años recordaba hasta el año siguiente sus ojos verdes, unos hoyuelos carnosos que se le formaban en el codo cuando extendía el brazo y las pecas en las mejillas que el sol de agosto intensificaba cada día volviéndolas más cobrizas. Nunca habíamos cruzado entre los dos una palabra todavía, sino tan sólo miradas llenas de rubor, sostenidas hasta que uno de los dos apartaba los ojos. Otras veces Marisa pasaba por delante de casa y era un verano en que yo leía el *Fausto* de Goethe en el balcón balanceándome en la mecedora con la brisa del corredor que levantaba las páginas del libro y traía un olor a pimiento asado de la cocina. Yo la conocía por el sonido de sus sandalias en la acera, pero no la miraba hasta que había cruzado y entonces ella sabía que yo la estaba sorbiendo por la espalda mientras se alejaba hacia la fuente. Aquel mismo verano, pocos días antes de que Vicentico Bola me llevara a la ciudad a que me desvirgaran, yo estaba tocando al piano aquella melodía: siempre está en mi corazón el hechizo de tu amor, y por fin la niña se acercó hasta quedarse plantada junto al taburete de terciopelo, sentí su aliento en la nuca y sin decirme nada pasó una hoja de la partitura cuando le hice un gesto con la cabeza. Luego se alejó. Yo también pensaba en Marisa dentro del taxi de Agapito camino del matadero.

Pensaba en el lunar que Marilyn Monroe tenía junto a la comisura de su boca entreabierta; y en los muslos de Silvana Mangano en la película *Arroz amargo*; y en la lágrima que le cruzaba los labios a María Rosa Salgado en *Balarrasa*; y en la faldilla de Jane, la novia de Tarzán; y en Elisabeth Taylor cuando tentaba a Montgomery Clift en la sala de billar de *Un lugar en el sol*. Para excitarme pensaba también en la ropa íntima de mi madre que yo exploraba de niño en los cajones de la cómoda, el corpiño negro, los sostenes de encaje, las medias de seda con costura, pero dentro de esas imágenes turbias y fragmentadas siempre aparecía aquella hoja de hierbaluisa con perfume a limón que yo había dejado secar entre las páginas de un libro titulado *Energía y pureza*, de Thiamer Toth, que me había regalado el consiliario de Acción Católica. Durante la pubertad había leído ese libro a la sombra del algarrobo centenario de un caserón en ruinas, mientras sonaban las chicharras y desde el jardín del balneario de Miramar llegaban los acordes de la banda de música que ensayaba una y otra vez un fragmento de *La boda* de Luis Alonso.

Las páginas del libro todavía emanaban la humedad de una biblioteca clerical y un cierto olor a miel que se concentraba en aquellos círculos oscuros donde comían las polillas. Por ese tiempo yo tenía la frente plagada de acné y me lo curaba empapándolo varias veces al día con agua salada. Cada uno de aquellos granos era el resultado de un pecado mortal, según había leído en el libro y, aunque llevaba infinitos pecados en la cara, eso no me importaba nada. Con el corazón lleno de terror bajo el algarrobo centenario también había leído que la lujuria me acarrearía enfermedades terribles, la tuberculosis, la anemia perniciosa o la esquizofrenia hasta que finalmente mi médula espinal quedaría destrozada, y ese peligro aún hacía más excitante el deseo de la carne. Pero había un hecho misterioso que me tenía sumido en la culpa desde aquella tarde de domingo en que estaba cometiendo el pecado solitario en un derruido balneario y no muy lejos se oía la voz de un locutor que radiaba un partido de copa entre el Atlético de Bilbao y el Valencia.

Sin duda fue una casualidad que el momento culminante del placer que yo extraía de mi cuerpo con la mano sonrosada coincidiera con un gran gol de Gainza en la portería del Valencia que significó la derrota de mi equipo. En aquella sala de baños había frescos con un fondo de peces azules y boquetes en el techo por donde asomaba el canizo podrido de la escayola que servía de tumba a los murciélagos en invierno. Había cañerías de plomo arrancadas de cuajo y bañeras con garras de león volcadas en un pavimento de mosaico con escenas mitológicas. Frente a un gran espejo velado que se levantaba sobre la pileta de las inhalaciones yo me acariciaba el sexo y olía fuertemente la brisa del jardín; atravesando los cristales rotos de la galería llegaba ese aroma de pinocha caliente junto con la voz de un locutor que se desgañitaba: recoge la pelota Venancio, la pasa a Zarra, regatea a Pasieguito, avanza Zarra hacia el área del Valencia, combina con Iriondo, le entra Puchades, falla, falla Puchades, Iriondo pasa la pelota a Gainza que se interna por la izquierda... En ese instante mis ojos turbios reflejaban todo el placer en el espejo velado y yo sentía algo muy fuerte, muy dulce que ascendía por los muslos hasta mi vientre y ya no podía detenerme, seguía, seguía y lo mismo, al parecer, le sucedía a Gainza que acababa de penetrar en el área. El locutor gritaba de un modo desaforado a punto del paroxismo ¡¡Gainza!! ¡¡Gainza!! frente a la puerta dribla a Asensi, que queda solo ante el guardameta Eizaguirre, va a chutar, va a chutar... Una ola de placer invadió todo mi cuerpo en ese instante hasta formar alrededor de mi cabeza una campana neumática y dentro de ella coincidieron en un mismo éxtasis mis propios gemidos y los alaridos del locutor: ¡¡Gol de Gainza!! ¡¡En el último minuto del partido, gol de Gainza!! ¡¡El Valencia Fútbol Club eliminado!!

La pasión que sentía por el equipo del Valencia aquellos años de la adolescencia era muy intensa y a partir de aquel partido de copa la derrota de mi equipo iría unida a mi pecado. Puchades, el medio centro, era mi héroe. Aquella tarde había caído vilmente a los pies de Zarra cuando éste iniciaba la jugada del gol de la victoria y ése era el preciso momento en que yo había caído también en la tentación. Fue el inicio de una larga tortura. Mientras leía bajo el algarrobo centenario el libro *Energía y pureza* comencé a sospechar que la lujuria podría arruinar mi vida, pero no a causa de las enfermedades con que me amenazaba sino por un hecho terrible que descubrí al iniciarse el siguiente campeonato de Liga. De pronto caí en la cuenta de que siempre que me masturbaba un sábado, al día siguiente perdía el Valencia en casa. Y si resistía la tentación el Valencia ganaba en campo contrario. No sólo era eso. Además había constatado que Puchades jugaba bien o mal según hubiera apartado yo de mi cabeza los malos pensamientos y por este camino llegué a extremos cada vez más sinuosos: si caía en el pecado ese mismo domingo poco antes del partido, entonces el Valencia perdía por goleada, y si me había mantenido casto toda la semana sin acariciarme el sexo, Puchades salía en primera página del diario *Deportes* el lunes como la estrella de esa jornada de Liga.

Habían pasado unos años de todo esto y ahora iba en el taxi de Agapito hacia el cabaret Rosales en compañía de otros camaradas también vírgenes que cantaban el baión de la película *Ana* y yo en silencio, con la mirada perdida en la extensión de naranjos que ocupaba toda la ventanilla a la altura de las Alquerías del Niño Perdido, pensaba en cosas que me excitaran: aquel fotograma de Marilyn Monroe con los labios rojos entreabiertos, la faldilla de la novia de Tarzán, los muslos blancos de unas mujeres arrodilladas en el lavadero público. Esa misma mañana de domingo había ido a la playa de Burriana en la vespa del panadero Ballester y en el chiringuito de Manolo ya no estaba aquella extranjera tomando el vermut. Sonaba en un gramófono una canción de Machín, mira que eres linda, qué preciosa eres, verdad que en mi vida no he visto muñeca más linda que tú. En el taxi pensaba en aquella extranjera y en otras chicas recién salidas del mar que llegaban a la sombra de aquel cañizo con el pubis empapado en medio de la luz que ofuscaba la arena.

Las puntas de su pelo desprendían agujas de agua que se deslizaban por los hombros abrasados hasta hundirse en los senos.

La nueva novela de

MILAN KUNDERA

EL ARTE DE LA LENTITUD



Como una comedia agridulce puede leerse “La lentitud”, último libro de Milan Kundera, quien en primera persona relata sus experiencias en un castillo francés, donde se mezclan personajes del siglo XVIII con periodistas, entomólogos, intelectuales y la esposa del escritor checo, Vera. Jacques-Pierre Amette, prestigioso crítico de “Le Point”, analiza ésta, la primera obra que Kundera escribe en francés, y descubre una tonalidad diferente en el autor de “La insoportable levedad del ser”.

JACQUES-PIERRE AMETTE

Una historia muy simple. Milan Kundera junto a su esposa Vera deciden pasar un fin de semana en un castillo a las orillas del Sena. Uno de esos lugares que brindan la ilusión de desprender un aroma a hechos del pasado. Se paga con tarjeta de crédito pero el personal de servicio se presenta ataviado con pelucas. Tal como lo ha escrito el autor: “Un cuadrado de verdor perdido en una extensión de fealdad sin verdor; un pequeño trozo de alamedas, de árboles, de pájaros en medio de una inmensa red de rutas.” Es fácil reconocer la clara ironía, la implacable simplicidad del tono del maestro.

Kundera ha llevado en su equipaje una breve novela de Vivant Denon, *Point de Lendemain* (*Sin futuro*, en una traducción aproximada), un divertimento libertino escrito en prosa perfecta allá por 1777.

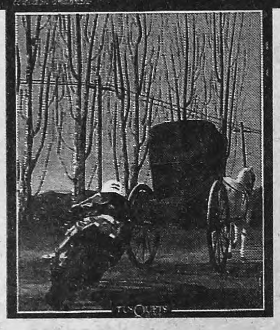
La noche cae. Atrapado por la belleza melancólica del parqué, Kundera medita ante la ventana. Al igual que Philippe Sollers sueña con el siglo XVII, ese siglo del buen gusto. Un día la belleza se ha alejado y nos ha dejado inmersos en la fealdad.

Ya se conoce el estribillo de Kundera: el hombre reducido a su miserable y pequeña sexualidad, librado a sus impulsos políticos, a sus peligrosas utopías comunitarias, etcétera.

LA PEQUEÑA MUSICA DE LA LOCURA HUMANA. Los personajes nacen al correr de las páginas. Intelectuales que truenan indignados ante las imágenes de los niños de Somalía. Mujeres periodistas, optimistas y acosadoras. Una banda de amigos graciosos y simpáticos que se reúnen en una fonda de la Gascuña. Un viejo científico checo que se compadece de sí mismo. Así se desarrolla la maestría de las apariciones, de las visiones, de los fragmentos, de los recuerdos, toda una respiración de lo imaginario. Berck y Vincent, Julie e Inmaculata surgen de la sombra y de la noche, de ese momento de calma que atrapa al viajero cansado antes de la hora de la cena. Las coincidencias y los reencuentros no cesan de encadenarse. Estamos metidos en una comedia clásica interpretada con la misteriosa claridad típica de la frondosidad del siglo XVIII: los marqueses y los caballeros de Vivant Denon terminarán por cruzarse con los cameramen de televisión y con los jóvenes motoristas un tanto marcianos de nuestro siglo. Encantador maridaje intelectual. Esto no impide que suceda un terrible ajuste de cuentas entre una mujer y su amante bajo el fulgurante escalpelo psicológico del gran clínico freudiano que es Kundera.

Y, sin embargo, algo ha cambiado. Se reconocen los temas, el relato en forma de fuga, la disposición en rompecabezas, las digresiones a la manera de Diderot, las libertades y la voz en off del escritor. Pero un murmullo sutil corre bajo las frases y, como quien no quiere la cosa, modifica los paisajes. Más furtivos, los personajes dan portazos a la memoria y al deseo humillado; un encadenamiento doloroso y al mismo tiempo alegre hace correr su electricidad en esta comedia agridulce. Algo que parece no tener fin, algo sin fondo y sin secuela absorbe a este pequeño mundo poblado de intelectualosos y de periodistas juzgados a la altura de su propia mediocridad. Y tal vez, también de la nuestra...

Recuerdos agitados, sacudidos, borrados aparecen de manera fugaz y luego se eclipsan. Son los problemas de un hombre anciano (el delicioso científico checo cuya nobleza de corazón no le sirve para nada), las timideces de un joven amante (la inigualable inocencia de Vincent); todo, todo marcha al revés,



todo deriva en una corriente de aguas oscuras. El sueño de un escritor en una tarde sobre la escalinata de un hotel nos revela juegos que son por momentos reales y por otros imposibles, como si un vidrio esmerilado no dejara pasar sino ciertos rayos lunares de la imaginación kunderiana. Kundera enuncia menos verdades generales que en sus anteriores novelas filosóficas. Permite que la pequeña música de la locura humana se tiña de todas las tonalidades posibles del resquebrajamiento. El viento nocturno, una brisa entre tibia y fría, envuelve a los grotescos personajes, bufones deliciosos e irracionales que se mueven ante nosotros; partículas fugitivas en el movimiento browniano de la gran pérdida general de valores. Al igual que Gulliver, el gigante Kundera llega para acariciar, para hacer salir del fondo de su pluma a las pequeñas marionetas de su maestría. Y lo hace de un manera libre, ociosa, despreocupada, irónica, altanera.

El libro, escrito directamente en francés, se llama *La lentitud* ¿Qué lentitud? ¿La lentitud del espíritu? Kundera no ha estado nunca más vivo que ahora. ¿La lentitud del olvido? ¿La lentitud de la memoria? ¿La lentitud de este fin de siglo? ¿O bien la lentitud de un Kundera que va envejeciendo, que siente que el paso del tiempo lo va cubriendo imperceptiblemente?

La lentitud es una composición novelesca organizada alrededor de un tema dominante cuya línea se expone en la primera de las cincuenta y un secuencias del libro: “¿Por qué ha desaparecido el placer de la lentitud?” ¿Por qué el hombre está, o se lo ha privado de una forma de la felicidad, al punto de no tener siquiera la sensación de que pueda llegar a existir? ¿Qué dice esto de nosotros? Los filósofos, los historiadores, los sociólogos, los antropólogos proponen respuestas a estas preguntas. Hablan, discuten, analizan, crean conceptos, elaboran ecuaciones, trazan leyes. Son eficaces, como lo exige la época. Al ocuparse de la lentitud, lo hacen con los instrumentos de los tiempos de la velocidad. La literatura no tiene estas obligaciones: se toma todo su tiempo. Ser novelista es uno de los últimos oficios donde no está prohibido distraerse; es recomendable el ensueño, las quimeras no son locuras inconvenientes sino preciosas ayudas. Es ese el motivo por el que los novelistas –o los poetas– pueden esclarecer el enigma de la lentitud como nadie puede llegar a hacerlo.

La primera secuencia de *La lentitud* está escrita en primera persona del singular. Sabemos muy pronto que ese “yo” se llama Milan, que su mujer se llama Vera y que Milan es escritor. Decidieron pasar la noche en un castillo en la Ile-de-France. En la ruta que los lleva hasta allí, Milan y Vera discuten acerca de la lentitud y la velocidad; como cualquiera de nosotros podría hacerlo: “La velocidad es la forma de éxtasis con la que la revolución técnica ha hecho su regalo al hombre”, declara Milan. Un poco más tarde, el mismo Milan, que ama los aforismos y la “matemática existencial” dirá que “hay un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, entre la velocidad y el olvido (...) El grado de la lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria; el grado de la velocidad es directamente proporcional a la intensidad del olvido”.

UNA LUZ DE UN PAISAJE BOSCOSO. El libro permanece enigmático a pesar de estas definiciones y está bien que sea así. Pues el “mensaje” es solapadamente oscuro, mágico, escrito con un estilo entre perro y lobo, lejos de esas luces de neón y de flashes que el autor dispone sobre sus personajes. No se trata ya de un libro clínico, bañado con la luz de una sala de operaciones, sino por la luz de un paisaje de bosque. Las secuencias se encadenan como en un sueño. Vera Kundera es un resplandor tranquilizador, un color vivo en un cuadro cargado de todos los grises, de todos los tonos sórdidos de un mundo que se disuelve. Se espera entonces un Kundera poderoso, el orgullo de una inteligencia devorada por la búsqueda de explicaciones al horror totalitario del siglo XX; lo que se escucha, en cambio, es el canto de un escritor secreto, más surrealista y tan próximo a Breton que no lo parece. Nos fulmina, por ejemplo, con una imagen –un enigma simple, obsesionante, indescifrable, irracional–: una bufanda de mujer que flota sobre el agua de una piscina. Y todo el libro se vuelve más denso, se llena de misterio, de un envoltorio fúnebre.

Nada más que eso. Pero flotan también las sombras de Ofelia en este Kundera hamletiano. Vagas claridades nocturnas para el fin de siglo... Papageno, me parece, canta antes de Auschwitz.

Kundera, lejos de dejarse encerrar por los resplandores metálicos de una obra que despoja a nuestro siglo de sus falsas posiciones, nos entrega un texto suave, liviano, en estado de levitación intelectual; su exquisita delicadeza nos golpea en el centro del pecho. Sus carcajadas ahogadas, veladas, nos dan un delicioso signo dirigido hacia la fugacidad humana.

(Traducción: Marcos Mayer)

EL MISTERIOSO MONSIEUR DENON

Es conocida la admiración de Kundera por el siglo XVIII francés, desde Choderlos de Laclos (con sus *Relaciones peligrosas*) hasta el marqués de Sade. De lo que se sabe menos es del homenaje particular que el autor rinde al barón Dominique Vivant Denon (1747-1825). Bajo el reinado de Luis XVI Denon fue enviado a misiones en Rusia y Suiza. Durante el curso de la expedición a Egipto de Napoleón Bonaparte, hizo muchos relevaciones de monumentos. Organizó el Museo del Louvre durante el Imperio, pero, sobre todo, es el autor de un delicioso relato, “Sin futuro” (1777), que Voltaire admiraba. Junto a las peripecias de sus personajes, Denon incorporaba toda su experiencia como admirador de los monumentos antiguos, como administrador de museos y como conocedor del arte. En este siglo se convirtió, bajo la pluma de Louise de Vilmorin, en el guión de *Los amantes*, una película dirigida por Louis Malle, protagonizada por Jeanne Moreau y que tuvo su fugaz momento de escándalo. Philippe Sollers le consagró un estudio que salió en París en marzo de este año. Vivant Denon parece muy lejos de cumplir con el destino del título de su obra.